

Emily
Dickinson
EL SECRETO DE LA OROPÉNDOLA

Emily Dickinson

EL SECRETO DE LA OROPÉNDOLA

POEMAS DE AVES

Edición bilingüe

Ilustraciones de

Ester García

Traducción de

Abraham Gragera

Nørdicalibros

© De las ilustraciones: **Ester García**

© De la traducción: **Abraham Gragera**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S. L.**

Doctor Blanco Soler, 26 -28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-10200-59-3

Depósito Legal: M-16948-2024

IBIC: DCF

Thema: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño de colección y maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra y Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





[EL SECRETO]

Cosas que vuelan, las hay —
Horas, aves, abejorros —
Pero que las lloren otros.

Cosas que arraigan, también —
Montes, pesares, lo eterno —
Mas no me incumben tampoco.

Lo que, al dormirse, florece.
Sí. Los cielos. Mas ¿podré?
¡Qué sigilo el del enigma!

¿Hay en tu pecho un arroyo
donde tímidas flores afloran,
y las aves, con rubor, acuden
a beber, entre trémulas sombras?

Nadie sabe —y por eso
fluye en paz— que un arroyo hay allí,
uno que da a diario de beber
el trago humilde de tu sed de vida.

Sal y búscalos pues, ese arroyuelo,
en marzo, con los ríos desbordantes,
cuando las nieves bajan de los montes
y arramblan, a menudo, con los puentes.

Y más tarde, cuando agosto
agoste las praderas, ¡cuida
de que no le haga el sol, en su cenit, lo mismo
a ese arroyuelo tuyo y de la vida!









[TRASPLANTADA]

Si como una pequeña flor del Ártico,
con su falda polar con dobladillo,
que fuese en busca de otras latitudes
y se quedase atónita al plantar
su pie en los continentes del verano,
bajo la bóveda del sol,
entre flores extrañas y radiantes,
¡y pájaros hablando en otras lenguas!
Si como esta pequeña flor, me digo,
al Edén arribásemos, errantes —
¿Qué? Dime. Nada.
¡Solo tu presunción sobre el lugar!





[CHAPARRÓN FESTIVAL]

Una gota cayó sobre el manzano,
otra en el techo de la casa; seis
rozaron con sus labios los aleros,
y hasta hicieron reír a los hastiales.

Un puñado al arroyo socorría,
que iba corriendo a socorrer al mar.
Yo barruntaba: ¡Oh, si fueran perlas!
¡Qué collares podríanse engarzar!

El sol lanzaba su sombrero al vuelo,
los pájaros cantaban, exultantes,
los árboles fulgían en los huertos
y el polvo en los caminos de las cuestas

volvíase a posar. Las brisas en ventura
bañaban sus laúdes pesarosos.
Izó el oriente entonces su bandera
y puso fin a tanto festival.

[SALMO DEL DÍA]

Hay en los días de verano,
en el lento expirar de sus antorchas,
un no sé qué que me enaltece.

Hay en sus mediodías algo —
en su insondable azul, una callada
música más allá de todo allende.

Hay en las noches de verano
algo también, tan luminoso
que no sé no aplaudir cuando aparece.

Mi afán escrutador oculto entonces,
no sea que una gracia tan radiante,
y tan sutil, de mí se aleje.

Los dedos que me hechizan no descansan.
Su lecho angosto el manantial purpúreo
que corre bajo el pecho está raspando.

Oriente aún enarbola su bandera
y el sol conduce aún su caravana
de grana por los cerros.

Como flores que saben del rocío,
mas no esperaron nunca
lucir sus gotas en sus pobres frentes;

o abejas que pensaban del verano
que era solo un rumor, habladurías,
una quimera, un desvarío;

o criaturas del círculo polar
turbadas vagamente por el trópico
que algún ave viajera trajo al bosque,

el oído recibe las señales diáfanas
del viento, para que lo anodino y puritano
se torne acogedor, dichoso, antes

de que lo imprevisible ocurra:
venga el cielo a las vidas que juzgaban
tal modo de alabar irreverente.



[TRÉBOL MORADO]

Hay una flor que las abejas aman
y ansían las mariposas;
también los colibríes, que se afanan
en ganarse su púrpura demócrata.

A ella la extracción
social de los insectos no le importa;
cada uno liba de su néctar
cuanto puede extraer, cuanto le colma.

Su rostro es más redondo que la luna,
más rubicundo que el traje de gala
de la orquídea en los pastos,
y que el del rododendro.

No necesita a junio, no lo aguarda;
antes que todo reverdezca,
ves su carita, su aire recio,
contra el viento que arrecia,

litigar con los pastos,
sus parientes de sangre,
por el sol y el solar, y por la vida:
¡qué tiernos querellantes!

Y cuando las colinas se repueblan,
y nuevas modas brotan,
no la verás dejar de ser quien es;
los celos no la azoran.

Su público es el mediodía,
su providencia el sol;
con soberana y firme melodía
pregonan las abejas su vigor.

La última en rendirse siempre,
la más osada de las anfitrionas,
la que nunca se da por aludida,
ni cuando las heladas la revocan.



[DOS MUNDOS]

Allende, al otro lado, no es distinto,
lucen igual las estaciones,
brotan de las mañanas mediodías
y de sus vainas rotas, los fulgores.

Los arroyos presumen, incansables,
y se encienden, en las florestas, flores;
ningún mirlo ahogará su algarabía
para rendirle a algún Calvario honores.

Para la abeja, juicio y auto
de fe no significan nada;
tener que separarse de su rosa,
eso sí es, para ella, una desgracia.

[EL VIENTO]

De todo lo que se oye por ahí fuera,
nada me atañe tanto
como ese inmemorial rumor de hojas,
esa canción sin letra

que el viento entre las ramas,
como una mano que atusase,
estremecida, el cielo con sus dedos,
para los dioses canta, para mí.

Ansiosa imploro, cuando revolotean
los vientos en tropel,
cuando repican, y les brindan
los pájaros su orquesta,

que la gracia estival de aquellas ramas
se vierta sobre aquel que nunca oyó tal canto
—si es que en el mundo hay alguien tan sin patria—
crecer, majestuoso, entre los árboles,

como si hubiera roto filas
en los desiertos celestiales
alguna caravana de sonido
que luego se hilvanara y desfilase
en una comitiva sin costuras.

[VERANILLO DE SAN MARTÍN]

Esta es la temporada en la que vuelven
los pájaros, muy pocos, uno o dos,
a echar la vista atrás.

Esta es la temporada en que reaviva
el cielo los pasados artificios
de junio: error de oro y azul.

¡Oh, fraude que no logras que la abeja
pique, pero tan convincente
que me haces, ay, casi creer

—aunque una hojita tímida se meza
en el aire alterado, suavemente—
porque hasta las semillas dan a luz!

¡Oh, sacramento del verano,
postrera comunión en la neblina,
acoge a una criatura más;

deja que pruebe tus sagrados símbolos,
que moje tu hostia consagrada
en tu vino inmortal!